

EL ESPACIO COMO VARIABLE EXPLICATIVA: UNA NUEVA HISTORIA URBANA DEL PARÍS OBRERO PRE-HAUSSMANNIANO

Maurizio Gribaudi, *Paris ville ouvrière. Une histoire occultée, 1789-1848*. Paris: La Découverte, 2014. 425 páginas+ilustraciones [ISBN : 978-2-7071-6700-2]

José Luis Oyón

Universitat Politècnica de Catalunya
jose.luis.oyon@upc.edu

Sara Vima

Universitat Politècnica de Catalunya

Recibido: 26 de noviembre de 2019; Devuelto para revisión: 6 de enero de 2019; Aceptado: 12 de enero de 2019

El espacio como variable explicativa: una nueva historia urbana del París obrero pre-haussmanniano (Resumen)

Desde su nacimiento en la década de 1960, uno de los retos de la historia urbana ha sido el de demostrar la utilidad de relacionar espacio y sociedad a la hora de entender los procesos históricos. Por lo general, ese desafío ha sido más postulado que puesto realmente en práctica por la historiografía urbana. La entrada de las consideraciones espaciales en la historia social obrera ha sido todavía más reciente y contamos con muy pocos estudios serios que relacionen el mundo social de trabajadores y trabajadoras con sus espacios cotidianos. Nuestro texto repasa el último libro del historiador italiano Maurizio Gribaudi *Paris ville ouvrière. Une histoire occultée, 1789-1848* para informar a historiadores e historiadoras de las grandes ciudades del siglo XIX de la utilidad de usar metodología y fuentes que manejen el espacio urbano como una variable clave al interpretar procesos como la industrialización temprana, la formación de la clase trabajadora, el surgimiento del movimiento obrero, los estallidos revolucionarios del Ochocientos o las primeras transformaciones urbanísticas de reforma de los centros históricos.

Palabras clave: historia urbana; historia social obrera; clase obrera; París siglo XIX

The space as explanatory variable. A new Urban History of the working-class pre-Haussmannian Paris (Abstract)

Since its birth in the 1960s one of urban history challenges has been to show the utility of crossing space and society. This challenge has been more postulated than actually put into practice in urban historiography. The use of spatial considerations in working-class social history has been even more recent. We still have very few serious studies that relate the social world of workers with their everyday spaces. This paper review the last book of Italian historian Maurizio Gribaudi *Paris ville ouvrière. Une histoire occultée, 1789-1848* to inform nineteenth century urban historians about the advantages of using methodology and sources that work with urban space as a key variable when interpreting processes such as early industrialization, working-class formation, the emergence of labour, working-class revolutions and city centre re-structuring.

Key words: urban history; working-class social history; nineteenth-century Paris

Maurizio Gribaudi no es alguien desconocido en el ámbito de la historia social urbana. El historiador italiano, que desarrolla desde hace ya mucho tiempo su investigación como director de estudios en la École de Hautes Études en Sciences Sociales, ya nos mostró con *Mondo operaio e mito operaio. Spazi e percorsi sociali a Torino nel primo novecento* (Turin, Einaudi, 1987) su especial agudeza al interrogarse sobre el mito de la supuesta inmutabilidad y solidez barrial del mundo obrero turinés examinando la movilidad geográfica y social de obreros concretos en el espacio urbano. En las diversas vicisitudes del grupo de inmigrantes turineses del Borgo San Paolo de entreguerras no eran tan evidentes la estabilidad en el tiempo y la solidez de una condición obrera inmutable como la variedad de recorridos sociales y espaciales diferenciados dentro de la ciudad.

El libro no pasó desapercibido en su día a los pocos historiadores preocupados entonces por una historia social obrera donde el espacio urbano fuera algo más que un simple e inerte telón de fondo. Con *Espaces, temporalités, stratifications. Exercices sur les réseaux sociaux* (París, EHESS, 1999) Gribaudi nos reveló luego los problemas metodológicos que encierra el creciente interés por estudiar los lazos y redes sociales que tejen los individuos en la ciudad. Esas redes muestran con precisión los mecanismos de agregación social. El análisis microhistórico de las trayectorias de individuos concretos, lejos de reducir la observación, puede resultar particularmente bien adaptado a la comprensión de las dinámicas sociales más globales.

Sin perder nunca su interés en el estudio de redes sociales en el espacio urbano, Gribaudi disecciona desde hace tiempo otra ciudad y otra época: el París obrero y popular de la primera mitad del siglo XIX. Con Michèle Riot-Sarcey, nos ha mostrado no hace mucho en un librito, *1848, La révolution oubliée* (París, La Découverte, 2008), su interés por rescatar del olvido, ese trágico y capital episodio revolucionario que inauguró la breve experiencia de la Segunda República. De ese acontecimiento habíamos llegado a olvidar su verdadero protagonista, el mundo trabajador y su discurso portador de utopías: una extraordinaria profusión de proyectos, de manifiestos, carteles y artículos de prensa que ponían sus esperanzas en la “asociación” y el “gobierno de los trabajadores”, en una “República democrática y social” construida desde abajo.

Con *Paris ville ouvrière. Une histoire occultée, 1789-1848*, Gribaudi nos explica ahora que esa breve experiencia revolucionaria sólo adquiere sentido como resultado de la larga gestación durante la primera mitad del siglo XIX de un París obrero y popular, de unos barrios populares del centro histórico, dotados de un dinamismo, de una complejidad industrial y de una densidad socioespacial que, lejos de ser la materialización de un espacio “atrasado” y estructuralmente inmóvil, eran, al contrario, los portadores de un modelo de “modernidad obrera” tan relevante o más que el París burgués de los Grandes Bulevares del oeste.

Estamos ante un libro que merece marcar época en la manera de investigar y escribir historia urbana y en especial la historia del mundo obrero en las ciudades. Digámoslo claramente de entrada. El grado de detalle, el manejo de fuentes diversas

(tanto las primarias como las secundarias, tanto las escritas como las archivísticas y las cartográficas), la claridad no exenta del matiz y la destreza en la elaboración del argumento no abandonan nunca la lectura. El protagonista del libro es el mundo obrero. Pero lo más importante es que Gribaudi construye con paciencia un método de análisis donde el espacio urbano es el compañero indispensable del relato de los procesos y de los acontecimientos históricos. Nada del razonamiento se nos hace transparente sin la consulta del plano o la explicación que *sitúa* los hechos, que nos habla del *dónde*. Como en la buena historia urbana la variable espacial se demuestra como la particularidad propia, la variable que singulariza a esta sub-disciplina. El espacio social es el componente esencial del relato. No hay comprensión posible del mundo obrero sin entender en profundidad los espacios en los que se desenvuelve, desde los espacios del trabajo, a los del barrio y los de los tiempos de ocio. El generosísimo despliegue y la calidad de las decenas de planos temáticos e imágenes presentadas se convierten en el elemento explicativo primordial del relato. No se entiende el tiempo sin el espacio, sin *situar* y analizar el lugar de los hechos y de los procesos. Unos procesos (especialmente el del funcionamiento productivo de lo que Gribaudi llama la “fábrica colectiva”) que se desmenuzan hasta el más mínimo detalle. Tenemos excelentes ejemplos ya en la historiografía parisina a cargo de historiadores que entienden el espacio urbano no como simple resultado o mero telón de fondo de los procesos sociales (ver por ejemplo el *Atlas des parisiens* de Jean-Luc Pagnol y Maurice Garden, Paris 2008). Pero a pesar del *spatial turn* de las ciencias sociales (que también ha llegado a la historia) no es fácil todavía encontrar en el mundo de los historiadores un relato donde el espacio pase de ser un receptáculo inerte de los procesos sociales a convertirse en una variable con capacidad explicativa propia.

Las representaciones del París obrero-industrial desde las élites: un mundo a reformar radicalmente

Gribaudi divide su libro en tres grandes bloques temáticos: el de las representaciones del París obrero-industrial desde el campo burgués (el *espace conçu*, por hablar en términos lefébvrianos), el del propio espacio material y social constituyente de ese París subalterno (*espace perçu*) y, finalmente el de la toma de conciencia y surgimiento del movimiento obrero y el socialismo en esos barrios (*espace vécu*). Cada uno de esos tres grandes bloques temáticos se subdivide en tres capítulos que, *grosso modo*, vienen marcados por la revolución de 1789 y la Restauración de 1814, el fracasado levantamiento de 1830 y la Monarquía de Julio que lo siguió, un período agitado por el asociacionismo, las huelgas obreras y las ocasionales algaradas republicanas que culminaron en la revolución de 1848.

El primer gran bloque temático recorre las representaciones de esa ciudad obrera e industrial y los cambios en la percepción de los discursos burgueses sobre ella hasta la cristalización del mito de la ciudad laboriosa y peligrosa, que será el discurso hegemónico a partir de 1830. Mientras la venta de los “bienes nacionales” libera

enormes bolsas de suelo desamortizado sobre las que la especulación inmobiliaria erigirá los nuevos barrios burgueses del oeste de la ciudad, los suelos liberados del centro son loteados ocupándose por una masa de fabricantes, artesanos y comerciantes que instalan fábricas, talleres y almacenes. Barrios ricos, regularizados y aireados hacia las afueras y densificación, actividad industrial y hacinamiento en los viejos barrios del centro. Hasta 1830 la sociedad burguesa todavía se interroga sobre el fenómeno de la industrialización del centro y su re-caracterización como barrios obreros por excelencia. Pocos observadores se inquietan. París es capital del lujo y del *plaisir* pero también un importantísimo centro de producción industrial. El cuidadosísimo repaso a las fuentes primarias y secundarias que recorre el discurso higienista, el discurso urbanístico de constructores, arquitectos e ingenieros, ediles y administradores, el discurso de la mirada literaria (la de los “panoramas”, pero también la más clásica de la novela), y el de la iconografía (dibujo y pintura, grabado y litografía,...), nos habla de la gran complejidad y diversidad de lugares y actividades de un París obrero-industrial objeto de una observación “cuasi etnográfica”, exenta todavía de cualquier tipo de estigmatización.

Las primeras referencias y miradas al mundo obrero de los años inmediatamente posteriores a la Revolución relatan en efecto una sociedad aún entremezclada, lejos todavía de la visión polarizadora posterior. Complejidad y convivencia denotan ese París artesano, preindustrial, pero cada vez más obrero y manufacturero: “mezcla y yuxtaposición de grupos sociales necesariamente diferentes”, “vida de barrio como algo esencialmente articulado entre pueblo, burguesía y élites”, una imagen polimorfa de los barrios populares, que son vistos “como una componente normal y necesaria del organismo urbano”, dice Gribaudi. El París industrial es descrito, igualmente, como parte integrante y coherente del paisaje urbano. La industria, el taller y la manufactura no son aún rechazados («mientras no molesten demasiado, son aceptados, incluso alentados»). El relato construido por las élites industriales y los primeros higienistas, mira con respeto y reciprocidad el mundo obrero porque comparte intereses directos y convive con él, una proximidad notablemente debida a la creciente centralidad ocupada por las ciencias naturales, y muy particularmente por el desarrollo de la industria parisina.

El tema de la insalubridad es contemplado todavía bajo una mirada benevolente y colaborativa. Se empieza a vincular la presión industrial con la insalubridad, pero desde la perspectiva de la dimensión profesional y social: pobreza y malas condiciones de trabajo. No es la presencia de los obreros y artesanos que trabajan y viven alrededor de esos espacios centrales «lo que plantea problemas sino sus prácticas, sus maneras de organizar el trabajo y aprovechar los recursos locales». Las manzanas insalubres no son un fenómeno dominante: «de todas las grandes capitales del mundo, París es la que incluye menos pobres y un pueblo de una moralidad irreprochable», resume el autor. El mismo texto de Jouy *L’Hermite de la Chaussée-d’Antin* (1811-1818), que inaugura el género de la literatura panorámica (la forma de re-

a finales de la década de los años 20 en la concepción definitiva de la ciudad obrera e industrial como una absoluta “alteridad”. A medida que la ciudad despliega los signos de su nueva modernidad a lo largo de los bulevares y los pasajes burgueses crece también la distancia respecto a lo que no puede fácilmente inscribirse en ese nuevo paisaje urbano. Poco a poco, el viejo centro de la ciudad se percibirá como una ruina, como un vestigio, “un espacio caótico y enfermizo”.

La síntesis hipócrita y generalista al analizar los barrios populares se refleja en el discurso de los higienistas sobre la insalubridad. Se pasa de atribuir los problemas de insalubridad a las meras condiciones del entorno a buscar correlaciones con las condiciones sociales. Los barrios populares son homogeneizados bajo un común denominador de insalubridad, enfermedad y miseria. Se responsabiliza a las clases populares y a sus formas de sociabilidad, a sus prácticas y a su condición ignorante, de “favorecer el desarrollo del cólera (...); los numerosos esfuerzos de prevención desplegados por la administración se (demuestran) ineficaces a causa sobre todo de la situación desastrosa de los barrios populares y de la ignorancia de sus habitantes”. Se afirman los “signos de una marginalidad peligrosa” que es la responsable directa de la epidemia y de la enfermedad.

Tras la epidemia de cólera de 1832 y especialmente a partir de 1835, período que coincide con una intensificación de las reivindicaciones obreras tras la revolución de julio de 1830, la mirada se decanta definitivamente a la identificación de enfermedad física y moral. Filantropía y moralismo marcarán poco después el discurso, un discurso repleto de referencias ideológicas hacia una ciudad popular que se equipara a la enfermedad física y la enfermedad moral: un mundo urbano estigmatizado, una masa amorfa que se renuncia a observar ya en su complejidad. El universo de la gran ciudad queda definitivamente reducido a los *Grands Boulevards*. El resto es solo insalubridad moral: “*de l'autre côté (des boulevards) ce sont les Grandes Indes*” (Alfred de Musset, 1837). Desde el punto de vista literario, el esplendor de la literatura romántica recupera el interés sobre el patrimonio gótico del centro. Pero ello no es sino la traducción de una mirada sobre el mundo obrero y popular que pretende prescindir del presente miserable, para fijarse solamente en un pasado idealizado.

A partir de 1830 se intensifica ese cambio de percepción también en el discurso urbanístico. Tomando como justificación los discursos higienistas y la preocupación por el desplazamiento de la vida activa hacia el oeste de la ciudad y el abandono de los barrios centrales a una población marginal, se van afirmando las demandas de los nuevos representantes de la burguesía triunfante en el consejo municipal y departamental. Arquitectos y constructores empezarán, a partir de 1835, a utilizar encuestas y discursos higienistas como elementos de prueba y justificación para los numerosos proyectos de restructuración de la ciudad. Marcadas por los temores suscitados por el cólera y las agitaciones sociales, a los arquitectos y constructores se añadirán ediles y notables, utopistas y filántropos que redactarán a principios de los años 40 proyectos urbanísticos cada vez más ambiciosos para reordenar y regenerar la ciudad enferma. Desde la propia administración se defenderán estrategias

para liberar el centro y desplazar la población y el tráfico de mercancías a la periferia y proyectos más radicales de reestructuración de la ciudad y moralización de sus habitantes. “Primicia iluminada del urbanismo moderno”, el proyecto de Chabrol-Chaméane piensa en 1842 en una reestructuración global del centro de París. Anticipando las *percées* haussmannianas, se dibujan escenarios que proponen limpiar el centro de la ciudad a base de demoliciones: “la cuestión central, resume Gribaudi, está (...) sobre todo ligada a la reorganización de un espacio al que se quiere modelar a propia guisa de las clases dominantes sin preguntarse ya sobre las formas y las prácticas de las capas populares que alberga”.

Las estrategias de intervención sobre la ciudad que se desprenden de la imposición del modelo burgués sobre la ciudad popular representan la cristalización de esta manera abstracta de intervenir en base a una visión preestablecida y desconocedora de la realidad existente, portadora de una voluntad de dominación e imposición de un modelo social. Se atribuye la insalubridad moral a la forma urbana, a la estructura laberíntica de las calles. Se culpabiliza y responsabiliza de la propagación del cólera a la ignorancia de las clases populares. El pliego de cargo ya indiscutido es el de la incorregible “vetustez física y moral de los barrios más centrales”. La única solución pasa ya sólo por la piqueta, por la *tabula rasa*. El proyecto urbanístico de Meynadier de 1843 lo resume a la perfección: “Para que París luzca esplendoroso no hay más que derribar”. No duda en dibujar grandes calles destinadas a “relacionar los barrios más activos cavando sus surcos en la carne del caserío más antiguo”.

Intervenciones poderosas que atraviesan en todas las direcciones el centro de la ciudad desnaturalizándolo totalmente en sus antiguas coherencias”, escribe Gribaudi. Burgués de la Rive Droite y habitante de los Boulevards, Meynadier defiende una lógica económica y funcional con un discurso cultural y estético tan potente y unitario como artificial: edificios ordenados alrededor de una plaza central y estructurados sobre un modelo que alude al Palais-Royal y a los pasajes y las galerías de los falansterios fourieristas. Los dos proyectos de Perreymond, también de 1843, retratan de manera extremadamente pesimista la situación parisina: guerras, cólera e insalubridad asociadas a una forma urbana caracterizada por el amontonamiento y la congestión de inmuebles y calles. Enfermedades endémicas de las clases populares. Sin mediar ningún análisis de la población popular ni de sus espacios, se propone, paradójicamente, limpiar y demoler las zonas insalubres habitadas por “330.000 personas de las que 63.000 forman la clase peligrosa y embrutecida y 55.000 la clase viciosa”. De forma similar a las propuestas de Meynadier, se propondrán también nuevos equipamientos públicos (teatros, hoteles...). Toda la haussmannización que se iniciará diez años más tarde está ya ahí en germen. El historiador italiano lo resumirá perfectamente:

“Barrios, calles, casas y habitantes se convierten en una masa compacta a la que se quería poder limpiar y destripar con anchas calles transversales liberando a la vez los antiguos monumentos del tejido que los aprisiona. En cuanto al pueblo mismo, al que se ha admirado y

glorificado en el curso de los combates de 1830, se le empieza a temer a partir del momento en el que pretende mejorar su condición a través de huelgas y sociedades de oficio”.

Una realidad enfrentada: el espacio obrero desde abajo

Tras el velo de las imágenes con las que las élites parisinas observan el espacio obrero, el segundo gran bloque temático del libro descubre las “otras modernidades parisinas”, las de la auténtica materialidad de esa ciudad obrera, de sus actividades industriales, de su gente obrera y artesana, la vida y las sociabilidades de ese mito deformado. Una mirada mucho más sensible a las dinámicas complejas que se desarrollan en el interior de los barrios populares nos restituye ahora unas imágenes del París obrero y popular completamente diferentes.

El capítulo 4 nos explica cómo el cambio demográfico, la liberación de solares centrales para su reedificación y una inédita revolución productiva han marcado el nuevo horizonte de los barrios obreros y populares del centro. Un primer elemento de contraste con la visión de atraso y estancamiento físico y moral de las élites viene dado por la propia demografía. A pesar de la densidad que los caracteriza, los espacios centrales doblan casi su número de habitantes entre 1800 y 1850. Basada sobre todo en la inmigración, la explosión demográfica más intensa de la ciudad se da precisamente en estos barrios del centro. Entre la Revolución y la Restauración se producen además enormes cambios en el artefacto urbano producto de las ventas de los bienes de la Iglesia y de la nobleza emigrada después de 1789. Pocas veces aludido en la época o en la historiografía reciente, el fenómeno, señala Gribaudi, esas ventas son un “factor mayor de la renovación total de la ciudad”. Transformados en fábricas de guerra, “demolidos o reformados, conventos, claustros, iglesias y antiguos *hôtels* particulares son objeto de importantes operaciones inmobiliarias que reacondicionan amplias zonas del espacio parisino”. El nuevo impulso del centro parisino se acompaña con el espectacular desarrollo de numerosas actividades industriales y artesanales, entre las que hay que señalar el nacimiento y consolidación de una industria particularmente innovadora fundada en el reciclaje intensivo de los desechos de la ciudad. Con la saliente excepción de André Guillerme, que ha sido su descubridor, la historiografía ha pasado por alto esta auténtica revolución industrial orgánica alimentada por materiales procedentes de “la demolición de los edificios de los bienes nacionales y las numerosas carcasas producidas por una economía fundada sobre la tracción animal”. Basada en el reciclaje intensivo de esos residuos, esta forma novedosa de industrialización de motor principalmente artesanal se asienta en una colaboración inédita entre los saberes teóricos y científicos (avances de la química) y los saberes prácticos, entre sabios y maestros artesanos que unen sus esfuerzos –primero en la propia producción de guerra– descubriendo nuevas técnicas de producción industrial y desarrollando nuevas manufacturas que renuevan la “fábrica parisina”.

Los capítulos 5 y 6 explican que esta renovación de la fábrica parisina se hizo posible por la conformación de un tejido socio-espacial que permitía la co-presen-

cia de una “rica trama relacional particularmente bien adaptada al intercambio y la integración de los diferentes saberes profesionales”, en unos espacios de enorme dinamismo. El primero de esos dos capítulos muestra que las operaciones inmobiliarias que se desarrollan en el viejo centro de la ciudad se fundan sobre todo en la transformación progresiva del tejido construido bajo la acción de nuevos propietarios y arrendatarios. Poco llamativas y nada estudiadas, estas formas de intervención tienen un enorme impacto sobre la estructura física y social de la ciudad. La venta de las numerosas propiedades pertenecientes a las manos muertas “desata una febril actividad de demoliciones, de reordenaciones que surca, trabaja y modifica sin cesar casi todas las manzanas transformando progresivamente su aspecto y su naturaleza”. Haciendo un estupendo uso de almanaques y sobre todo de fuentes cartográficas (los levantamientos de Vasserot, en especial), notariales y catastrales dibuja los numerosísimos nuevos pasajes a cielo abierto, los callejones ciegos, patios y patinejos de los que nos había ofrecido ya un avance en un estupendo artículo (“Les passages ouverts, la modernité oubliée de Paris capitale, *Histoire urbaine*, n. 36, marzo 2013). Algunas manzanas seleccionadas son objeto de un detenido análisis que explica su progresiva densificación y conversión en fábricas y talleres. Los nuevos propietarios transforman cada parcela, demuelen y construyen de nuevo o “transforman las antiguas estructuras sobre-elevándolas y ampliándolas, añadiéndoles habitaciones, almacenes, desvanes y mansardas”. Lejos de la imagen de partes de la ciudad al margen de la modernización, los espacios transformados del centro se ven como los centros activos de otro progreso, de otra modernidad: “En el corazón de cada manzana y de cada conjunto de calles”, escribe Gribaudo, “al menos un núcleo de fabricantes y pequeños empresarios concentra la actividad de varios artesanos y obreros especializados en la producción de una gama específica de productos”.

El capítulo 6 se plantea el desafío de reconstruir “las formas de construcción social de estos espacios intentando captar la vida concreta que los atravesaba (...), leer el espacio para atrapar la población que lo habita y sus prácticas”. Catastros, actas notariales, actas de los juzgados de paz y fondos policiales restituyen las fisonomías de una masa de trabajadores de élite:

“Ignorada por la mayor parte de los historiadores: (...) sombrereros, doradores, hojalateros, toneleros sastres de hábitos, ebanistas, carpinteros, bruñidores, esmaltadores, porcelaneros, fundidores, artesanos del hueso y el marfil para juegos de mesa, torneros de madera o de hierro, cuchilleros, cardadores, afinadores, barnizadores, chapadores, guarnicioneros, mecánicos, ópticos, fabricantes de anteojos, ...”.

Esa miríada de obreros y oficios observaban una lógica espacial que conformaba zonas muy concretas de especialización industrial. Los datos de archivo muestran en efecto que, desde la Revolución, cada calle, pasaje o manzana del viejo centro se organizó progresivamente en torno a la producción de productos específicos de las diferentes especializaciones. “Alrededor de las calles Renard y Beaubourg, la sombrerería atrae así a los obreros bataneros, cortadores de pelo, sombrereros, forradores.

En torno al pasaje de la Marmite, la joyería requiere la participación de los fundidores, esmaltadores, delantaleros, hojalateros, químicos, doradores, etc.". Todo el centro de la ciudad está marcado por la presencia de estas formas de la "fábrica colectiva" que articulan y organizan la actividad de un número importante de saberes específicos. Diferentes fabricantes y artesanos estaban obligados a relacionarse con un número importante de obreros que trabajaban por su cuenta, a menudo instalados en los mismos edificios, en una pequeña vivienda con su familia o en pensiones colectivas. Tan denostada en las imágenes de las élites, la densificación del centro obedece pues a lógicas funcionales muy complejas que articulan cotidianamente muchas relaciones en los mismos espacios.

En lugar de constituir un arcaísmo que la dificultara, explica Gribaudi, la reorganización del centro del espacio parisino "ha estimulado el desarrollo de la fábrica colectiva parisina». Igual ocurre con los espacios de sociabilidad. Como muestran una serie de bellos planos relacionales construidos en base a las actas de los juzgados de paz, la familia y el parentesco, el vecindario y las amistades, el trabajo y el ocio se despliegan en espacios acotados en el interior de los viejos barrios centrales, formando sub-barrios o vecindarios más restringidos.

El surgimiento del movimiento obrero

En ese magma de población pobre condenado por las élites y tan lleno sin embargo de sentido, se desarrolla el "ascenso hacia la política", como muestra el tercero y último de los grandes bloques del libro, el dedicado al movimiento obrero. Progresivamente, pero en especial desde 1830, se produce "una conciencia aguda e inédita de la realidad de las relaciones de dominación que rigen no sólo la organización del trabajo sino también la entera sociedad". El espacio social de partida, ese espacio atestado pero contenedor e incluso generador de lógicas de tipo económico y social de toda índole, facilita y fomenta la conciencia de clase, por decirlo de forma escueta: "La estructura misma de estos barrios –con lazos de dependencia, las formas de producción específica que albergan, las solidaridades que favorecen, los debates y encuentros que permiten- favorecen el ascenso de una reflexión política que dialoga con el movimiento republicano, pero que lo superará por su profundidad y su madurez".

El capítulo 7 nos muestra los prolegómenos de esa toma de conciencia antes de 1830. Una primera gama de experiencias que acompañan ese ascenso a lo político, la constituyen las formas de sociabilidad obrera desarrolladas en torno al canto y la danza. Se cantaba sobre todo en las *goguettes*, mientras que, en las *ginguettes* sobre todo se bailaba. Celebradas en las bodegas de las esquinas de las calles, *goguettes* y *ginguettes* articulan la sociabilidad de estos barrios y "favorecen la frecuentación y el intercambio de servicios y de ideas". Como las relaciones de trabajo, las relaciones de sociabilidad se anudan en el edificio, la manzana, el vecindario. Los diversos planos de unas y otras, así como de las primeras sociedades de socorros mutuos

de diferentes oficios nos hablan no sólo de los domicilios de sus delegados y de los locales donde celebraban sus asambleas sino también del espacio relacional de los obreros asociados, habitualmente bodegas y locales de venta de vino y licores. Los diferentes espacios barriales y vecinales se dibujan con claridad. Hasta después de la Revolución de Julio no se observarán relaciones con el movimiento republicano, pero las manifestaciones de las primeras sociedades obreras recorren ya los barrios centrales. No se puede hablar todavía de conciencia obrera o de movimiento obrero, pero se están estableciendo sus premisas.

El capítulo 8 explica la geografía de las luchas de los años 1830-1834, unas luchas que marcarán el rumbo del movimiento obrero en años sucesivos. Aunque desatada por la burguesía, la revolución de julio de 1830 es quizás la primera revolución proletaria del siglo XIX. En esos tres días gloriosos de una victoria obrera “secuestrada luego por la burguesía”, los trabajadores descubren una fuerza y una dignidad políticas hasta entonces impensadas. Es el momento del nacimiento de una cultura política obrera que se expresa entre el horizonte de las utopías y del asociacionismo militante. Como se muestra con claridad en un plano temático, los combatientes son sobre todo obreros y artesanos que viven en los barrios del centro y en los suburbios populares más próximos. Hasta llegar al último episodio violento de abril de 1834, otros planos temáticos nos muestran cómo las huelgas y las manifestaciones, los tumultos y las barricadas tienen también como escenario las mismas calles de los barrios centrales. La geografía de las sociedades obreras y la de la revuelta se superponen a la de los lugares de residencia y de trabajo del centro parisino: “en sus calles, pasajes o plazas resuenan los cantos, los gritos y el ruido de las armas”.

En esos espacios populares del centro de la ciudad es donde los trabajadores reivindican la reducción de la jornada laboral a las diez horas, el reconocimiento de sus sociedades y el derecho a “controlar directamente las formas y la tarifa de un trabajo que conciben como una propiedad que les pertenece a ellos y no al patrón”. Avanzan también la idea de una producción “que sea el fruto de una asociación paritaria entre los diferentes saberes y funciones”. La geografía de los barrios del centro parisino favorece también la aproximación obrera y artesana con los miembros de las asociaciones del republicanismo radical, como la Société des droits de l’homme.

El último de los capítulos de este bloque final dedicado al movimiento obrero, narra el crucial decenio socialista de 1840. Será entonces cuando “el mundo obrero entr(e) en ebullición”, cuando estallen todas las tensiones acumuladas en años precedentes. Una tras otra, todas las sociedades de oficio entran en huelga reclamando una organización del trabajo que huya de libre mercado y convierta a los obreros en dueños libres de su propio trabajo. El republicanismo radical no es ya capaz de colmar las esperanzas de un movimiento obrero que se emancipa y toma sus distancias respecto a la lucha armada. Los trabajadores maduran y profundizan en el debate sobre la organización del trabajo. El centro de la cuestión obrera y de sus esperanzas es ahora ya abiertamente la asociación, una nueva organización del trabajo fundada

en la colaboración paritaria de los obreros con los fabricantes y la eliminación de los subcontratistas laborales que elevan indebidamente el precio de los productos. Al final, la reivindicación de esa nueva forma de organización del trabajo acaba por convertirse en toda una nueva manera de concebir la organización de la sociedad: la asociación como la base de la sociedad. Hay que pensar en un nuevo mundo más justo y en una nueva ciencia social que garantice la igualdad real y concreta de todos los ciudadanos. Lo que buscan en principio todas las demandas del mundo obrero es el reconocimiento de su protagonismo como actores en la organización del trabajo, “de sus formas, de sus ritmos y de su valor económico real” al mismo nivel que negociantes y fabricantes. La conciliación a través de la asociación no es sino un escalón intermedio y provisional. El objetivo último se situará, como escribe el obrero tipógrafo Jean-Baptiste Coutant en *La Ruche populaire*, en una “gran organización” de la sociedad fundada sobre la instauración de un derecho al trabajo y la generalización del sistema asociativo. El debate sobre esa reestructuración de la sociedad acabará desembocando en las jornadas de febrero y junio del 48 y en el proyecto obrero de una República democrática y social. Y la idea de asociación acabará conjugándose definitivamente con la de un organismo social gestionado por la participación directa de los electores.

Lo más original desde nuestro punto de vista es que para Gribaudi lo auténticamente único de la ciudad de esos años es que ese sueño obrero de la asociación y finalmente de una República democrática y social con decisiones tomadas desde la escala local y federadas desde abajo haya nacido concretamente de la estructura específica de estos espacios del centro popular de la ciudad. Es en “la urdimbre del tejido de relaciones locales en el que se construye progresivamente un modelo de modernidad propio del mundo obrero fundado sobre la democracia local y sobre una visión participativa de la sociedad”. Gribaudi remarca que los contenidos de las diversas publicaciones obreras que nacen en los años 40, las reivindicaciones y consignas de las jornadas dramáticas de mayo y junio de 1848, el debate sobre la asociación como etapa para la construcción de una futura “comunidad” nacen y se desarrollan en asambleas obreras o en las salas de lectura de los bodegones de los barrios. Es en los lugares del barrio cotidiano donde se habla de las formas futuras de democracia. Es en la vida cotidiana de esos barrios obreros del centro de la ciudad donde nace y se desarrolla el discurso obrero, un discurso basado en el conocimiento de una experiencia real indisociable del espacio urbano que lo aloja. Es allí, donde lugar de trabajo, de residencia y de ocio convergen, donde mejor se expresa la experiencia vivida. La experiencia política del mundo obrero y popular madurada en esa década es en el fondo, como subraya el historiador, algo surgido desde abajo:

“Lo político no descende de una teoría para anclarse en lo social, sino que, al contrario, *sube* directamente *de la experiencia práctica*. En todos los artículos y en los numerosos panfletos escritos y publicados durante esos años, cada discurso y cada proposición son la traducción de lo vivido, la expresión de un conocimiento íntimo de una zona de la ciudad, de una forma de relación y de una relación con el trabajo precisa. Por una coyuntura única, la propia estructura construida del centro de la ciudad ha secretado una experiencia social que ha permitido

analizar minuciosamente cada eslabón de la compleja cadena que produce la riqueza de los unos y la miseria de los otros. Nunca lo repetiremos lo suficiente: los barrios ‘miserables’ del centro obrero de la ciudad son a un tiempo el referente y el factor determinante de un saber sobre la sociedad de una rara precisión y potencia”.

El discurso reivindicativo y el proyecto político del mundo obrero no deriva en suma de un conocimiento académico alejado de la realidad, de una teoría política madurada en los círculos intelectuales que hace abstracción del hombre de carne y hueso, como sugiere Pierre Leroux, el más lúcido de los pensadores del ese proyecto político en opinión de Gribaudi. El proyecto reivindicativo se genera desde “un real ascenso desde abajo y a partir de la experiencia concreta de las formas de trabajo que únicamente se podía realizar en un espacio que permitía la visibilidad sobre el ciclo total no sólo de la producción física, sino también de la extracción de la plusvalía”. Nada pues de lo expresado por el historiador italiano sobre la experiencia obrera a lo largo del libro se puede comprender sin considerar en todo su espesor y profundidad el espacio urbano: “la observación precisa de las diferentes formas que componen el espacio físico ha sido crucial para comprender todas estas dimensiones”, sentencia. Sólo el obrero de la fábrica colectiva que tiene “un conocimiento fino y directo de los costes de las materias primas, de los tiempos de trabajo, de los costes de distribución y los precios de venta” podía ver claramente las ganancias de los intermediarios que subcontractaban a obreros y artesanos, de los prestamistas o el de los fabricantes y comerciantes. El nacimiento del proyecto de asociación como estructura de producción que coordina desde abajo trabajadores, fabricantes y distribuidores o el de democracia local que lo traducía a nivel político, concluye Gribaudi, sólo podía nacer en esos espacios, en ese contexto.

Y es finalmente desde la comprensión de dicho contexto, como se puede valorar mejor la fuerza de la “modernidad obrera” frente a la modernidad burguesa de los *Grands Boulevards*, esas dos modernidades opuestas que luchan en el 48 y acaban con la trágica derrota de los sueños de la República democrática y social. El Estado dictatorial primero y el golpe de Estado de diciembre de 1851 después enterrarán de forma definitiva esa modernidad soterrada, esa “ocultada” ciudad obrera parisina de la primera mitad del siglo XIX objeto de libro. Toda la obra de Napoleón III y del prefecto Haussmann en las dos décadas siguientes no será, y ése sería el dramático corolario del texto, sino la tajante puesta en práctica de los más radicales proyectos de la burguesía que el autor había analizado en el primer bloque temático del libro. Una auténtica reconquista del centro popular por las élites parisinas que ningún Chabrol-Chaméane, Meynadier o Perreymond habrían ni siquiera imaginado. La haussmannización no es otra cosa que “la puesta en marcha de un plan especialmente dedicado a destruir todos los núcleos físicos y sociales en los que se había desarrollado el sueño obrero”. Y nada más claro para demostrarlo, como hace Gribaudi con el clarísimo –y tristísimo– plano final del texto, que superponer sobre el mapa de los domicilios de los 11.662 detenidos tras la revolución de junio del 48, el de los *percements* de Haussmann y los nuevos inmuebles burgueses construidos tras arra-

sar gran parte del tejido obrero y popular del centro. Una ciudad, una modernidad arrasada sin piedad por la otra. Visto desde el movimiento obrero, el sentido profundo de las reformas urbanas del Segundo Imperio quedaría nítidamente retratado. Entre las razones esgrimidas por Haussmann y el emperador y su prefecto y urbanista para emprender tan costosas reformas pesarían menos los objetivos de mejora de la circulación entre las distintas partes de París, los de higienizar los barrios más atacados por la epidemia y la mortalidad o los de embellecer la ciudad con unos grandiosos nuevos bulevares que sustituirían las manzanas de calles laberínticos y casas hacinadas, que las razones pura y estrictamente de orden público. O mejor formulado, que todas esas razones higiénicas, circulatorias y urbanísticas con las que se explican las reformas haussmannianas serían sólo el acompañamiento necesario de una razón primordial de fondo: imponer definitivamente sobre el espacio obrero el nuevo orden burgués; acabar con el epicentro principal de un seísmo que podía minarlo en sus más profundos cimientos.

© Copyright: José Luis Oyón y Sara Vima, 2019

© Copyright: Biblio3W, 2019.

Ficha bibliográfica:

OYÓN, José Luis; VIMA, Sara. El espacio como variable explicativa: una nueva historia urbana del París obrero pre-haussmanniano. *Biblio3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*. Barcelona: Universitat de Barcelona, 25 de enero de 2019, vol. XXIV, nº 1.261. [ISSN: 1138-9796]